

EDITORIAL

ESTIMULO A LA MUSICA CHILENA

Dentro de la fama de país musical que Chile va de año en año conquistando en el extranjero y que de un simple rumor se ha transformado en una realidad, acerca de la cual se habla en toda América y se empieza a hablar en Europa, ocupa un lugar muy importante el hecho de que nuestra vida artística cuenta con uno de los grupos más nutridos de compositores que existen en este hemisferio. Ya no se nos menciona solamente en cuanto al país de origen de algunos grandes ejecutantes o de uno que otro nombre de creador que haya logrado traspasar los mares. Se sabe fuera de Chile que tenemos una vida musical activa, que se realizan innumerables conciertos en nuestras temporadas, que hay buenos directores chilenos y que, junto a los nombres ya divulgados, hay un nutrido grupo de personas que escriben buena música y que, con diferencias muy notables entre sí, representan un florecimiento de la creación musical, paralelo al que en los últimos tiempos, ha tenido el arte poético. Desde nuestro pasado, que se decía demasiado circunscrito a los historiadores, nos hemos transformado en un país de poetas y de músicos; es decir, en un campo fértil para las manifestaciones menos terrenales de la creación intelectual.

Esta fama que corresponde a una realidad, en cuanto a la actividad de nuestros compositores necesita, sin embargo, un comentario. Si consideramos el número de obras estrenadas anualmente, de creaciones nuevas de nuestro país, veremos que el balance es pobrísimo y que está en absoluto desacuerdo con la gran actividad que estamos o deberíamos estar desarrollando. Se toca muy poca música chilena y cuando esto ocurre, se hace como por compromiso, como quien tuviera que soportar una desgracia inevitable, un sino pesado y fatal que gravita sobre los conciertos, sobre el público y sobre la economía musical de este país.

Situación que es general respecto de la música contemporánea; ya que los conciertos, sea por razones de perfeccionamiento técnico, por rutina o por factores comerciales, se van convirtiendo en museos históricos. Lo que representa la amenaza de socavar, de una manera esencial, la vitalidad creadora que Chile ha empezado a demostrar en el campo de la música de este siglo. O los compositores no escriben bastante música o la música que escriben queda

encarpetada, esperando el fallecimiento y por lo tanto el ingreso de los autores al Parnaso.

La primera pregunta que nos hacemos es ésta: ¿Se escribe bastante música en Chile?; los compositores, ¿hacen de la creación una actividad capital en su vida o son lo que los franceses llamaron «pintores del día Domingo»? La verdad es que si tomamos la lista de los compositores chilenos, comenzando por los más venerables, los consagrados e ilustres, hasta los más jóvenes, advertiremos un gran desequilibrio en la actividad de nuestros músicos. Hay quienes han escrito mucho y ahora escriben muy poco o absolutamente nada; hay otros que están dedicados a composiciones que parecen ser como catedrales góticas, por cuanto necesitan de varias generaciones para ser terminadas, o como ese parquet que existe en el Convento de los Jesuitas de Santiago, obra de la vida entera de un hermano lego; por fin, hay otros que escriben música, simplemente como los árboles producen fruto, sin pensar en cambiar los destinos del mundo ni erigirse un monumento en cada composición. Otro aspecto irregular de nuestros compositores es que existen géneros o tipos de composición en que todos coinciden y otros que están prácticamente abandonados. Por ejemplo, es extraordinario el hecho de que en casi diez años se hayan presentado, o sepamos que existen, poquísimas composiciones para piano, muy pocas para canto y, en cambio, tengamos un apreciable número de obras orquestales. Es cierto que si la necesidad crea el órgano, en música el órgano crea la necesidad, y no fué cosa rara ni arbitraria constatar que la sola existencia del Cuarteto Chile trajo de inmediato un enriquecimiento de la producción de cuartetos. Los pianistas, la especie más rutinaria y menos interesada por la música dentro de los ejecutantes, no tocan música chilena, no desean tocarla y no les interesa y por eso no se escribe para piano. Algo semejante ocurre con los cantantes: en su mayoría no saben música, no les preocupa el solfeo y, como consecuencia lógica, cuánto exige el esfuerzo de tener que interpretar una melodía que precisa de un oído educado, les rechaza e incomoda. Casi no se escribe música para canto. Y así podríamos seguir con muchísimos géneros que están supeditados al escaso interés que los intérpretes demuestran por la música nueva. Y entiéndase bien que cuando hablamos de los intérpretes, no nos referimos a las excepciones que existen en cada ramo, a los poquísimos héroes que se aventuran en el campo ingrato de los conciertos sin convulsiones histéricas de masas enloquecidas.

Los compositores chilenos carecen de estímulo y no tienen en su favor ninguna de las iniciativas que fomentan sistemáticamente las artes plásticas o la literatura. El discutido Premio Nacional viene a corresponder a la música cada tres años y no está claro que esta designación no deba ser compartida entre compositores, ejecutantes, intérpretes y estudiosos de la música en general. Frente a esto existen los concursos anuales de literatura, premios de muchas categorías, interés de las editoriales por los escritores chilenos; existe el Salón Oficial de Artes Plásticas con premios periódicos,

en los que bien o mal distribuidos, los artistas encuentran un apoyo a su labor. En música hablamos muchísimo acerca de lo que hemos obtenido, no nos asusta gastar, (o «perder» como dirán los balances), grandes sumas en conciertos de escasísima utilidad cultural con ejecutantes «importados»; en cambio, a muchas personas parecería escandaloso que a los compositores se les encargaran obras o se les adjudicaran premios equivalentes a lo que cuesta la sola aparición de un director de orquesta extranjero en un concierto corriente.

Esta es una falla y una falla muy grave que debemos reparar si no queremos ver extinguida una de nuestras glorias más auténticas: la composición chilena; si no queremos seguir presenciando el espectáculo de compositores que escribieron hace quince o veinte años y que no trabajan, o porque no se renuevan o porque no existen estímulos que los obliguen a bajar del pedestal histórico a que se han encaramado en vida.

Todo esto debe ser reparado cuanto antes y debemos tomar en consideración circunstancias delicadas que existen en torno de la composición. Primeramente, en Chile son los compositores los que manejan sus actividades; es decir, son ellos mismos los que van a tener que crear sus propios estímulos y esto envuelve una responsabilidad grave, ya que estos estímulos deberán establecerse con la imparcialidad más absoluta, con la amplitud más grande y, a la vez, asegurando una calidad que hemos obtenido en la música y de la cual no podemos descender. En seguida, en nuestra composición musical existe el problema de las implicancias: los compositores son pocos y difícilmente podrán ser jueces y partes en el mismo pleito. No deberemos llegar a la idea absurda, que mucha gente tiene, de que para decidir sobre música, es necesario llamar a un ingeniero, a un agricultor o a un sacerdote, porque, naturalmente, como estas personas no son del oficio, no tienen prejuicios, al carecer también de juicio musical. Luego queda otro problema de difícil solución. ¿Cómo equiparar los géneros de la composición musical? ¿Se debe pensar en el establecimiento de concursos que en cierto modo se van a considerar como una «producción musical dirigida»? Los premios, ¿deberán ser premios en dinero, o simplemente la ejecución de las obras, o ambas cosas? Todos éstos son tópicos que debemos abordar y respecto de los cuales las sociedades musicales tienen la obligación de reflexionar.

En nuestro concepto la solución de esta difícil encrucijada en que está la música chilena debe comprender dos etapas. Primero, la de estimular la creación por medio de un Festival Anual, en que se ejecuten en primer lugar y se premien las obras nuevas; Festival destinado preferentemente a sacar a los compositores de su cómoda inactividad, a ponerles en cierto modo el pie forzado de escribir y de presentar obras con la sencillez con que un creador debe dar sus frutos. Luego debemos también considerar el hecho universal de que la música contemporánea está prácticamente fuera de la ley y, respecto de la nuestra, debemos asegurar que no se olvide; por lo tanto, hay que revivir las obras chilenas que no se hayan ejecutado

en un determinado lapso. Frente al *Salón Oficial de la Música* debemos ir creando el *Museo Histórico de la Música Chilena*, con su complemento en una Discoteca de esta misma música. Como resumen de todo lo anterior, es necesario desarrollar una activa labor por incorporar a los conciertos la buena música chilena; la que haya sido seleccionada en los festivales debe ser repetida, presentada en las temporadas de conciertos e impuesta al público, de la misma manera que se han impuesto muchas composiciones del pasado cuyo valor artístico es a todas luces menor que el de nuestra música. Debemos crear, con el objeto de la difusión, un sistema de reproducción escrita, en forma de poder abastecer las necesidades de ejecutantes y de directores de orquesta, ya que unos y otros, cuando tienen interés por nuestra música, o simplemente se les exige que la toquen, tropiezan con la inexistencia de ediciones, con la falta de duplicados de las partituras y de los materiales de música de cámara y de música orquestal.

El problema que hemos tocado en los párrafos anteriores es una cuestión de la mayor gravedad. No podemos permanecer indiferentes ante la disminución o el amortiguamiento de nuestra inquietud creadora, ante la comercialización progresiva de los conciertos y ante el estancamiento de los programas, constreñidos entre la rutina del público y los requisitos de la taquilla. En este callejón sin salida será siempre la música chilena la que lleve la peor parte, porque tiene todos los factores en su contra: el estar viva, el pretender seguir viviendo, el ser de esta época y el ser obra de este continente, en cuya capacidad artística se tiene poca fe, y *se procura seguir teniendo poca fe*, porque así conviene a los intereses de las empresas extranjeras.